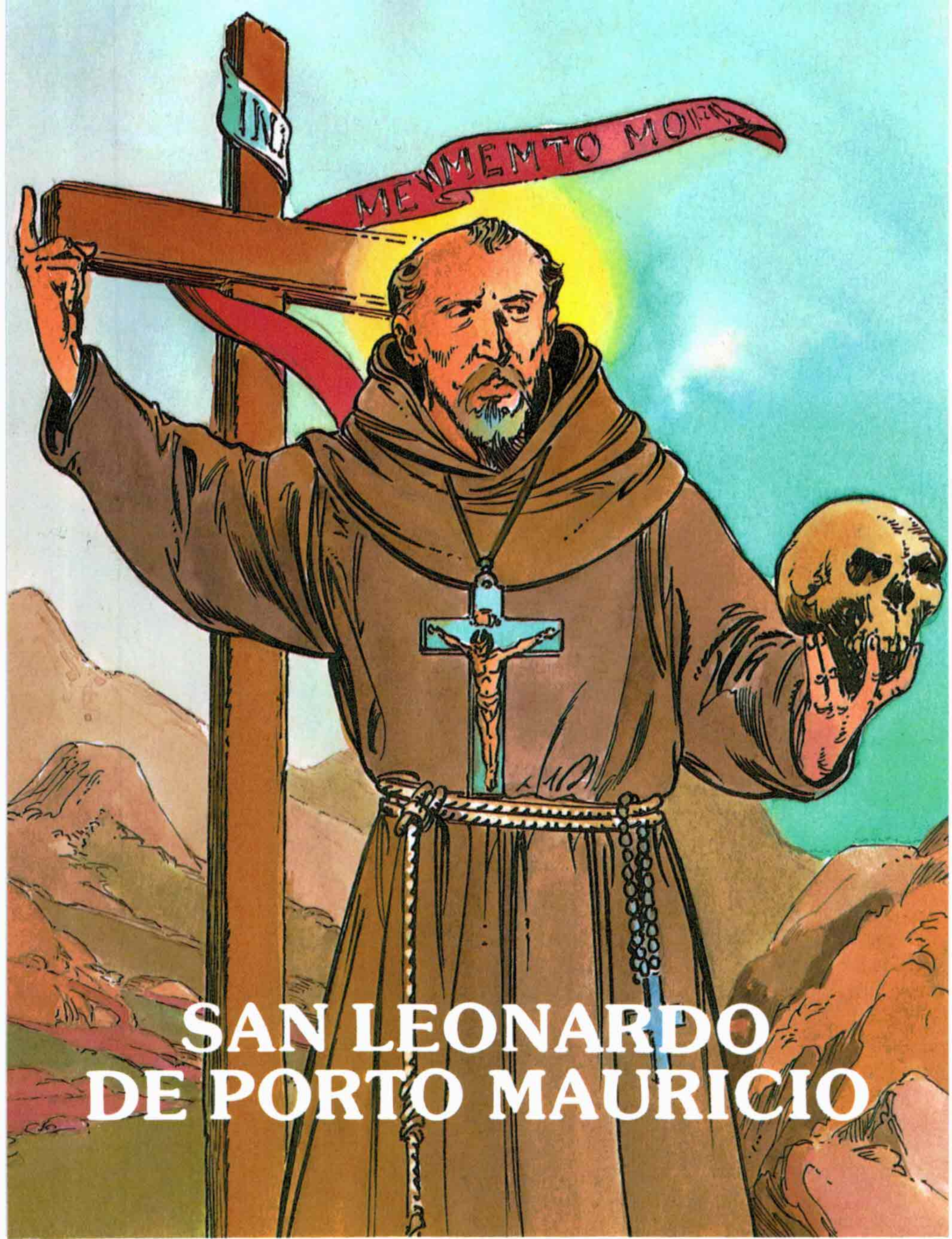


SAN LEONARDO DE PORTO MAURICIO

SAN LEONARDO DE PORTO MAURICIO

Patrón de las Misiones Parroquiales

Fray Antonio Corredor García
O.F.M.

De este gran santo recomendamos dos preciosos libritos compuestos por él y titulados «EL TESORO ESCONDIDO DE LA SANTA MISA» y los «PROPÓSITOS DE SAN LEONARDO».
Pueden pedirse a nuestra editorial.

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 Sevilla

Infancia y juventud de San Leonardo

San Leonardo nació el veinte de diciembre de 1676 en Porto Muricio, Italia, Liguria, en la azul ribera del Mediterráneo.

Le pusieron en el bautismo el nombre de Pablo Jerónimo.

Su padre, Domingo Casanova, era capitán de navío. La madre murió cuando el niño contaba dos años de edad.

Casado en segundas nupcias con María Riolfo, tanto Pablo como los cuatro nuevos hijos, recibieron una educación esmeradísima, de tal manera que tres hermanos fueron franciscanos, la hija dominica, y uno quedó en el siglo.

Pablo ingresó en la escuela pública, aprendiendo enseguida las primeras letras, y destacándose por su inteligencia y fuerza de voluntad.

Niño aplicado y encantador, todos los días rezaba el rosario y se encomendaba a la Santísima Virgen María.

A los trece años va a Roma, reclamado por su tío Agustín, que lo pone a estudiar en el Colegio Romano, de los Padres Jesuitas.

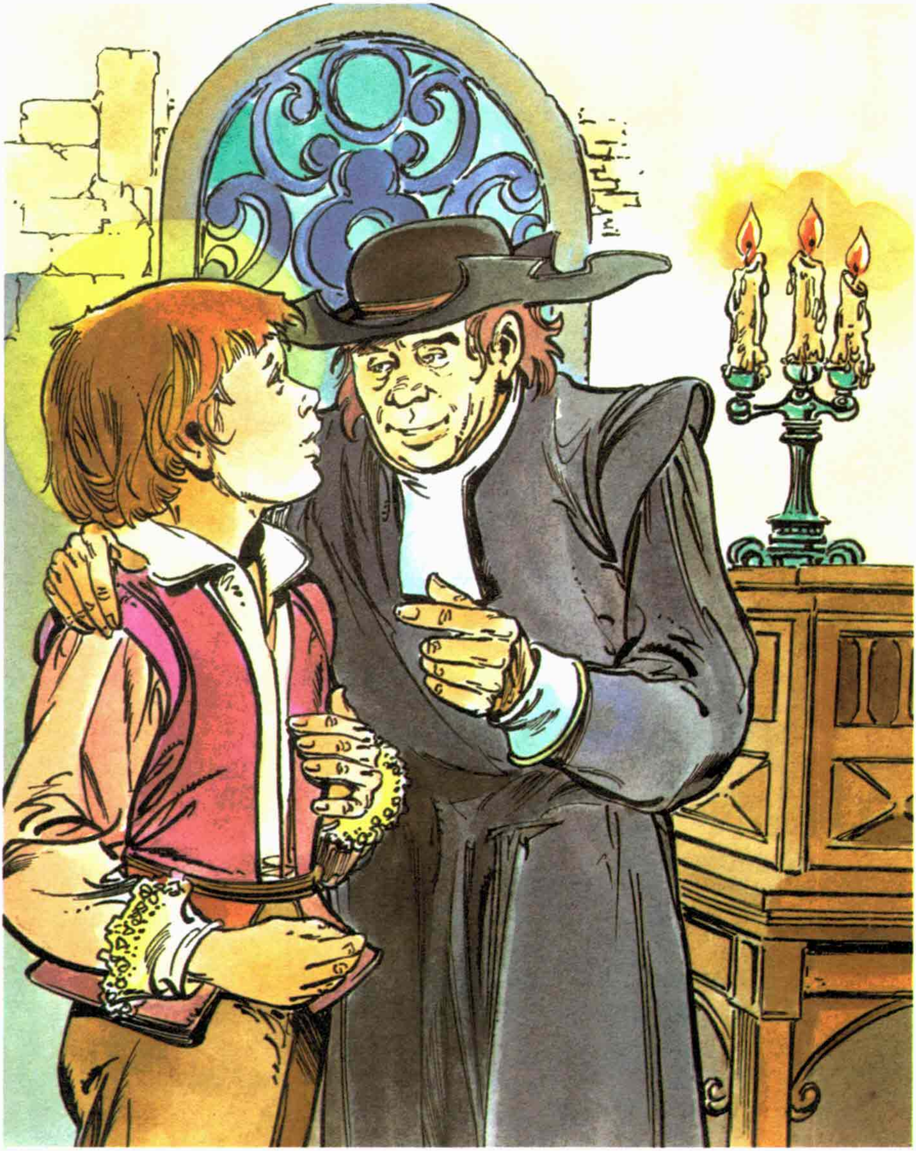
Cursa Humanidades, Retórica y Filosofía, y se inscribe en la Congregación de los Doce Apóstoles, por la que se compromete a hacer obras de caridad y enseñar el Catecismo.

Tuvo que vencer muchos peligros y dificultades, pero triunfaba agarrándose a la oración y a las prácticas de piedad.

Su íntimo amigo Pedro Miré nos dice: «En él, los paseos de los días de asueto comenzaban siempre con el rezo del rosario».

Terminados los estudios en el Colegio Romano, comienza la carrera de Medicina, según deseaba su tío.

Pero él hacía tiempo maduraba en su corazón un ideal más sublime: consagrarse a Dios en una orden religiosa.



Tras las huellas de San Francisco de Asís

No sabía cuál, pero una tarde, imbuido en estos pensamientos, al cruzar la Plaza de Jesús, se encuentra con dos religiosos de porte humilde y hábito pobre.

Los sigue y ve que entran en el Convento de San Buenaventura, de los Frailes Franciscanos Reformados.

El también entra en la iglesia y en el preciso instante en que se iniciaban las Completas con la invocación: «Conviértenos, oh Dios, salvador nuestro».

Esa frase y aquella salmodia, pausada y melodiosa, se grabaron dulcemente en su corazón, y se decía: «Este será el lugar de mi reposo».

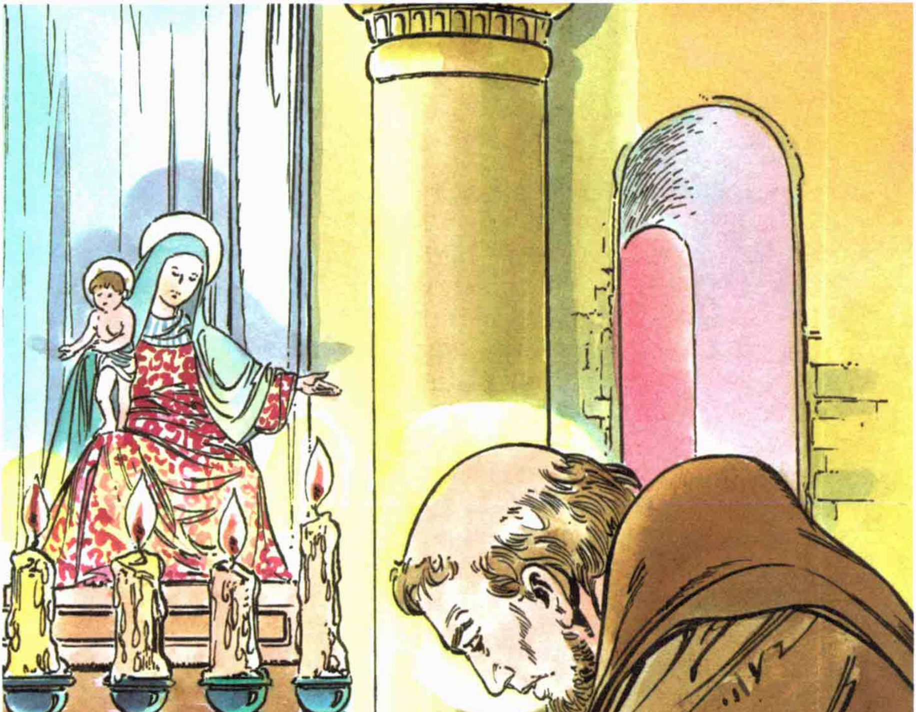
Expone dicha determinación a su director espiritual, el Padre Grifonnelli, hace confesión general con él, y éste asiente a que sea fraile de San Francisco.

Su tío Agustín llevó muy mal semejante decisión, hasta tal punto que, enojado, lo arrojó de su casa.

Se refugia, entonces, en la familia de Leonardo Ponzetti, casado con una hija de su tío, y desde allí escribe a su padre para que le autorice a ser franciscano.

Recibido el esperado permiso y la bendición, corre con la carta a la iglesia de San Buenaventura y la deposita sobre el altar del Sagrario, ofreciendo, con ella, al Señor su vida y su libertad.

Y, por fin, el dos de octubre de 1697, a los veintiún años de edad, viste el sayal franciscano en el Convento de Ponticelli, donde hace el noviciado y cambia su nombre por el de Leonardo, en agradecimiento a Ponzetti, su bienhechor.



Cura milagrosamente de una grave enfermedad

Cursa, en Roma, en el Convento de San Buenaventura, la carrera eclesiástica.

Siendo todavía diácono, predicó la Cuaresma a las trescientas jóvenes del Asilo de San Juan de Letrán.

Y el veintitrés de septiembre de 1702, es ordenado de sacerdote.

Impulsado por sus deseos de martirio, estuvo a punto de embarcarse en una expedición para China, pero tuvo que quedarse en tierra.

Enseña Filosofía, mas, al poco tiempo, adquiere una grave enfermedad del pecho, de la que no se alivió, junto al mar, ni en su propia tierra.

Entonces acude a María Santísima, prometiéndole que, si se curaba, dedicaría toda su vida al ministerio de la predicación.

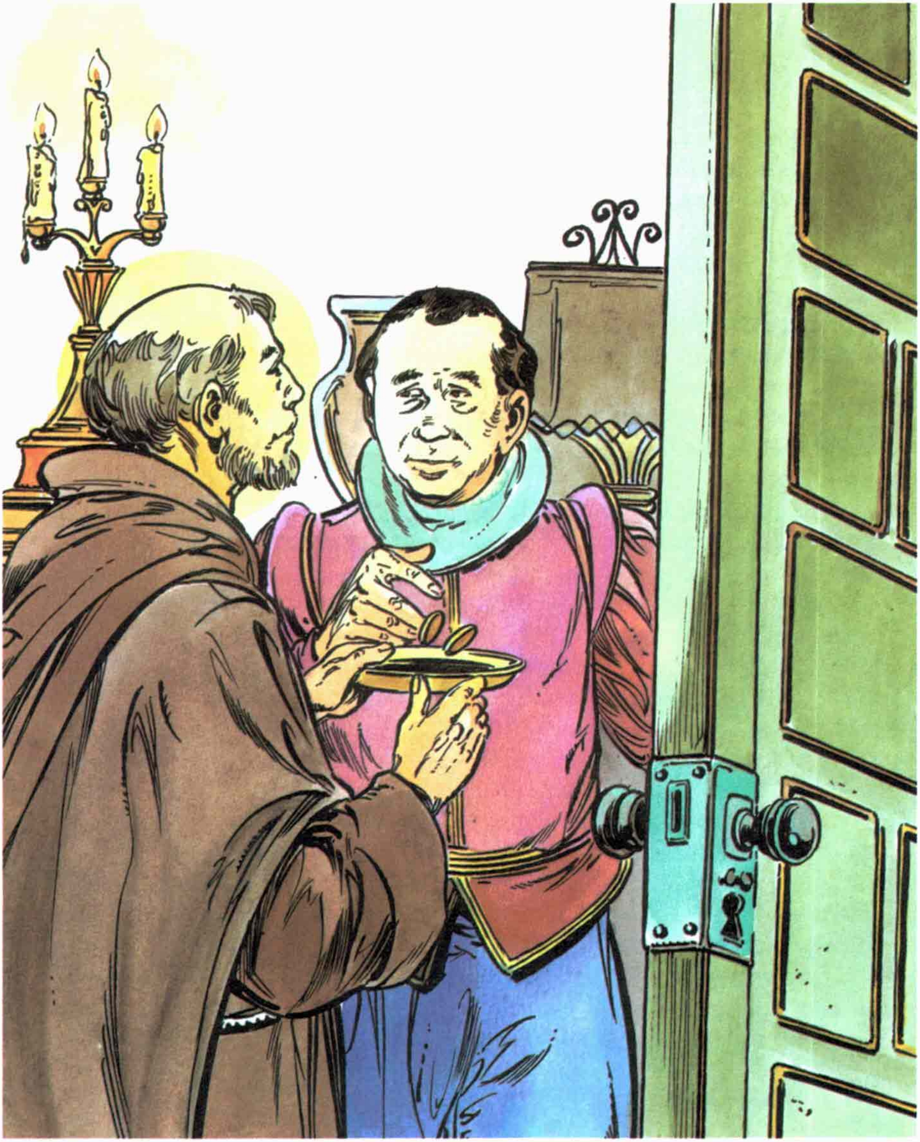
Se curó rápidamente, y comenzó a predicar por la propia iglesia del Convento de Porto Mauricio.

Luego extiende su acción evangelizadora a los pueblos circunvecinos, que recorría a pie descalzo durante el día, regresando por la noche a su Convento.

La región que durante más años misionó, fue la Toscana, y, por cierto, con grandísimo fruto.

Un párroco escribía así al Guardián del Convento: «Bendita sea la hora en que se me ocurrió llamar al Padre Leonardo. Sólo Dios sabe el bien que ha hecho aquí. Su predicación llega al fondo de los corazones... Los confesores de la región han tenido mucho trabajo».

La primera vez que fue a Roma a predicar, se entretuvo allí tanto tiempo, que el Duque de Médicis le envió un navío por el Tíber, para que regresara cuanto antes a la Toscana.



Santidad y penitencia

San Leonardo supo combinar, a lo largo de su vida, el intenso trabajo misional con la más estricta observancia monástica y los prolongados retiros en la soledad.

Acostumbraba decir que la penitencia hacía que viviese para Dios y la soledad hacía que viviese en Dios.

A la Santa Misa, que celebraba siempre con el cilicio puesto, precedía diariamente la confesión sacramental.

Durante el rezo del Oficio Divino, meditaba en la Pasión del Señor, y a la oración mental dedicaba todas las horas libres del día.

En memoria de los Siete Dolores de la Santísima Virgen María, llevó siempre una cruz con siete puntas sobre el pecho.

Cada falta o transgresión que cometía, la castigaba rezando el salmo *Miserere* o trazando una cruz con la lengua en el suelo.

Millares de veces repetía diariamente la jaculatoria «Jesús mío, misericordia», que recomendaba con insistencia a sus dirigidos y misionados.

También le gustaba decir: «Ave María, Ave María».

Se daba, cada día, una disciplina sangrienta, que algunas veces hacía en público, sobre todo cuando quería atraer la atención de los pecadores más empedernidos.

En 1709, San Leonardo, junto con otros religiosos, tomó posesión del Convento de San Francisco del Monte, en Florencia, que había donado el Gran Duque Cosme III de Médicis a los Frailes Reformados.

Pues bien: la Comunidad se ajustó a las normas de la más estricta observancia, no aceptando rentas del Duque ni de nadie, ni recibiendo estipendios por la misa y predicación, sino viviendo de limosna que pedían de puerta en puerta.

Convento de Retiro de Santa María del Encuentro

San Leonardo fue elegido Guardián del Convento de San Francisco del Monte, cargo que ejerció durante nueve años.

En este tiempo organizó los Conventos de Retiro de la Orden, para los religiosos que deseaban llevar una vida de más estrecha observancia.

En la serranía de Florencia, cercana al Convento, fundó el Eremitorio denominado de Santa María del Encuentro.

Redactó para él unos estatutos rigurosísimos, calcados en el espíritu de San Pedro de Alcántara y del Beato Buenaventura de Barcelona.

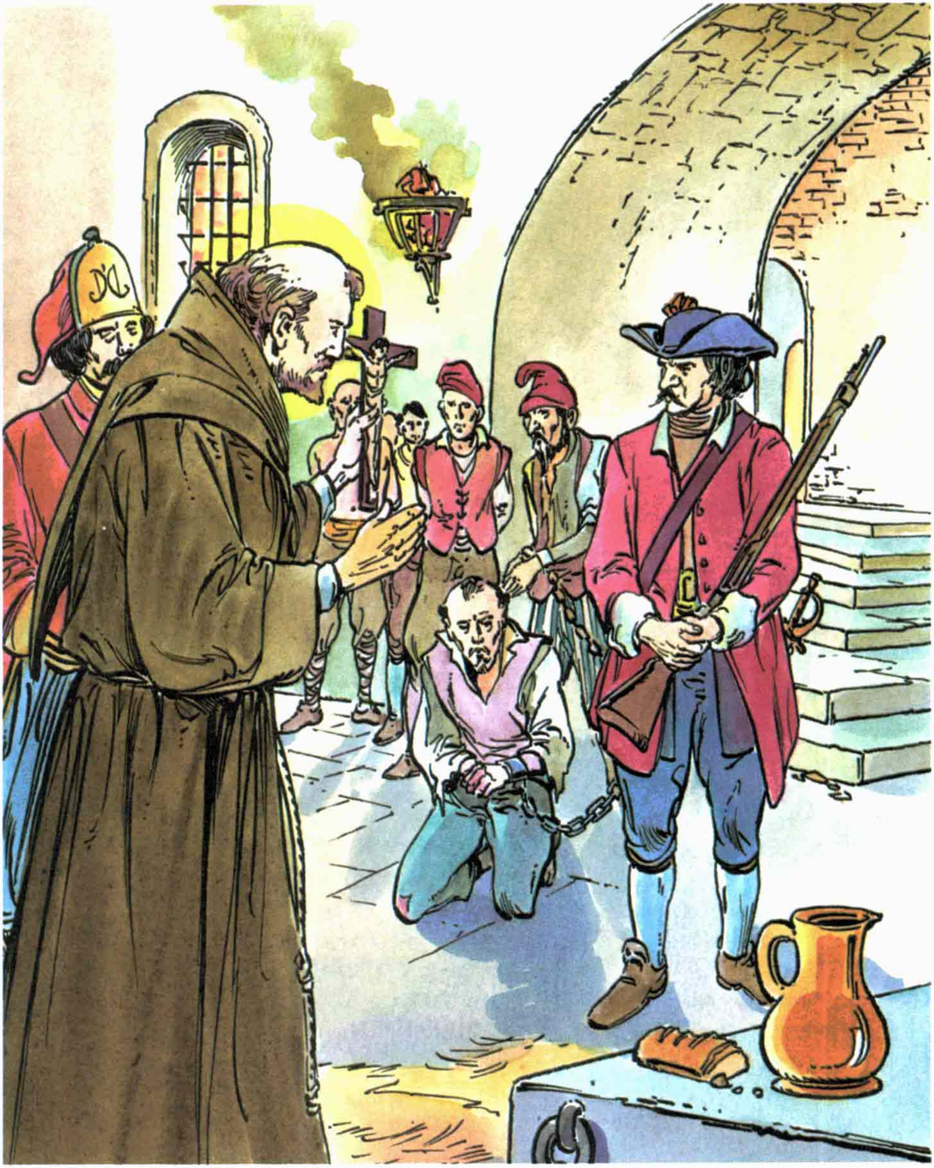
Lo primero que impuso fue una estricta clausura. Se guardaba, además, continuo silencio. Sólo comían pan, verduras y frutas. Todos los días se daban disciplina. Nueve horas las consagraban al rezo del Breviario y otros ejercicios espirituales, y el resto, al trabajo manual.

Cuando el Santo se retiraba a este Eremitorio del Encuentro, decía:

–Vamos a tener ahora el noviciado para el Paraíso. Hasta hoy he dado misiones a otros. Quiero que mañana vuelva a darlas otro Fray Leonardo muy distinto.

Luego se entregaba a tales austeridades y comunicación con el Altísimo, que salía de allí totalmente renovado y dispuesto a proseguir sus queridas misiones populares, a las que llamaba «campaña contra el Infierno».

Durante ellas, tanto él como los demás misioneros, guardaban ayuno perpetuo, dormían sobre dura tabla, no hacían más visitas que las de los enfermos y comían de la limosna que les daban los fieles, y, si sobraba algo, lo repartían entre los pobres.



Apóstol y taumaturgo

Desde 1708 fueron las misiones populares la principal forma de apostolado que empleó San Leonardo, recorriendo y renovando, con ellas, toda Italia.

Al cabo de seis años de predicar por los alrededores de Roma, en 1736, lo nombraron Guardián del Convento de San Buenaventura, cuando ya tenía sesenta años de edad.

Al concluir su mandato, se dedicó a predicar por la Umbría, Génova y las Marcas.

En Civitá Vecchia, en una misión que duró tres semanas, predicó especialmente a los soldados, a los presos y a los esclavos de galeras.

El Gran Duque Cosme III de Médicis se ofreció a pagar todos los gastos de los misioneros en su apostolado por Toscana; pero el Santo, agradecido, lo rehusó con estas palabras:

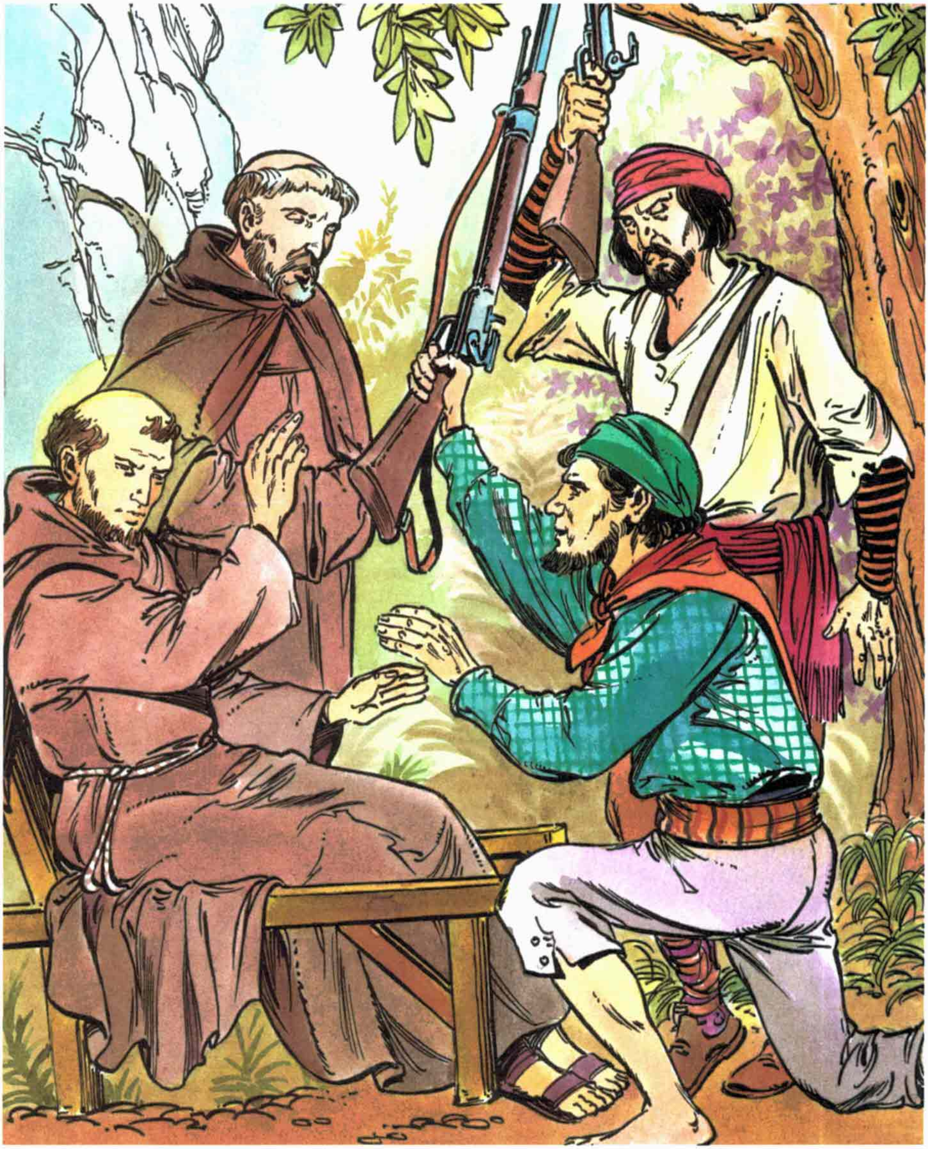
–Tengo un Señor más rico que Vuestra Alteza, el cual no sufriría que otro, fuera de El, mantuviese a los misioneros. Este bienhechor es Dios mismo, a cuya gloria trabajo y quien se obligó, por tanto, a sustentarme.

Tenía el don de milagros, descubría los secretos de las conciencias, curaba a los enfermos y anunciaba el porvenir.

En San Germán, las campanas tocaron por sí solas, y en un pueblo que había oído con indiferencia sus sermones, el granizo acabó con las cosechas.

En Metálica, devolvió la vista a Francisca Benigni, madre de familia, ciega durante varios años.

Con su predicación hizo que fracasaran las fiestas del Carnaval, tanto en Gaeta como en Liorna, donde se cerraron los teatros y se vieron los confesionarios invadidos de penitentes.



Difícil misión en la isla de Córcega

Una de las misiones más difíciles de su vida fue la de la isla de Córcega.

De acuerdo con la República de Génova, a la que pertenecía, el Papa mandó al Santo a apaciguar y misionar aquella tierra, que se debatía en guerra fratricida.

Sobre la juventud de aquella isla escribía el Santo: «Los jóvenes son disolutos, alocados y no se acercan a los sacramentos. Muchos de ellos ni siquiera cumplen con la Pascua, y, lo que es peor, nadie les llama la atención por ello... Pero, aunque el trabajo es muy duro, la cosecha es abundante».

Los hombres desconfiaban los unos de los otros, y acudían a la iglesia con puñales, fusiles y toda clase de armas.

El Siervo de Dios les pedía con toda mansedumbre que vinieran al templo desarmados, pero no hacían caso.

Hasta que «por fin –escribe el Santo– lograba conseguir que atendieran a mi ruego; y, en el sermón de la Santísima Virgen, todos se abrazaban y la paz se restablecía».

Quien más se resistía a abandonar las armas, era un jefe de bandidos, por mote «El Lobo».

En una ocasión le dijo el Santo:

–Ah, hijo mío, el diablo te impulsa a rechazar la paz; pero Dios te ordena lo contrario.

–Si me lo ordena –contestó–, quiero hacerlo.

Y, dicho esto, arrojó al suelo el arcabuz, mientras gritaba:

–¡Viva la paz!

Sus compañeros, arrojando también las armas, respondieron:

–¡Viva!

ME
JESV

Erige el Vía Crucis en el Coliseo de Roma

San Leonardo era un enamorado de la Eucaristía y procuraba establecer en todas las parroquias la obra de la «Adoración Perpetua al Santísimo Sacramento».

En las misiones llevaba enhiesto el estandarte del Nombre de Jesús, cuyas excelencias pregonaba con una dulzura que derretía los corazones.

Con filial embeleso predicaba de la Santísima Virgen, hasta conseguir, con el sermón de María las conversiones que no había logrado con los de las verdades eternas.

Y en cuanto a la Inmaculada Concepción de María, se esforzó por conseguir la definición del dogma, siendo sugerencia suya la idea de sondear la opinión de los cristianos.

Fue apóstol de las Tres Avemarías y de la devoción al Angel de la Guarda.

También las almas del Purgatorio ocupaban un lugar de predilección en su corazón piadoso.

Pero lo que mayormente caracteriza su apostolado es la Pasión del Señor. Al terminar la misión, siempre erigía el Vía Crucis, «la gran batería contra el Infierno».

Y lo predicaba con tal unción, que arrancaba lágrimas de contrición en los pechos más endurecidos. Lo imponía como penitencia y lo quedó establecido en 571 poblaciones.

Con motivo del Año Santo de 1750, dio una gran misión en la Ciudad Eterna, y puso las estaciones del Vía Crucis en el Coliseo, cosa que llamó la atención. El sermón que predicó se conserva todavía.

Inmensas multitudes escuchan al fervoroso apóstol. Y hasta el Sacro Colegio de los Cardenales sigue asiduo la predicación del Santo.

El Vicario de Cristo asiste varias veces a la misión, y da la Bendición el último día.

JESVS
MISERIC
RELIGIOSAS
LA SANTA MISA
PROPOSITOS
DISCURSO
SOBRE EL
VIA CRUCIS

Libros y escritos de San Leonardo

Además del apostolado de la palabra, empleó también San Leonardo el de la pluma, escribiendo cartas, sermones y libros para provecho de los predicadores y edificación de los fieles.

Estos son algunos de sus libros: «Discurso sobre el Vía Crucis», «Tesoro escondido sobre la Santa Misa», «Manual Sagrado para Religiosas» y los «Propósitos».

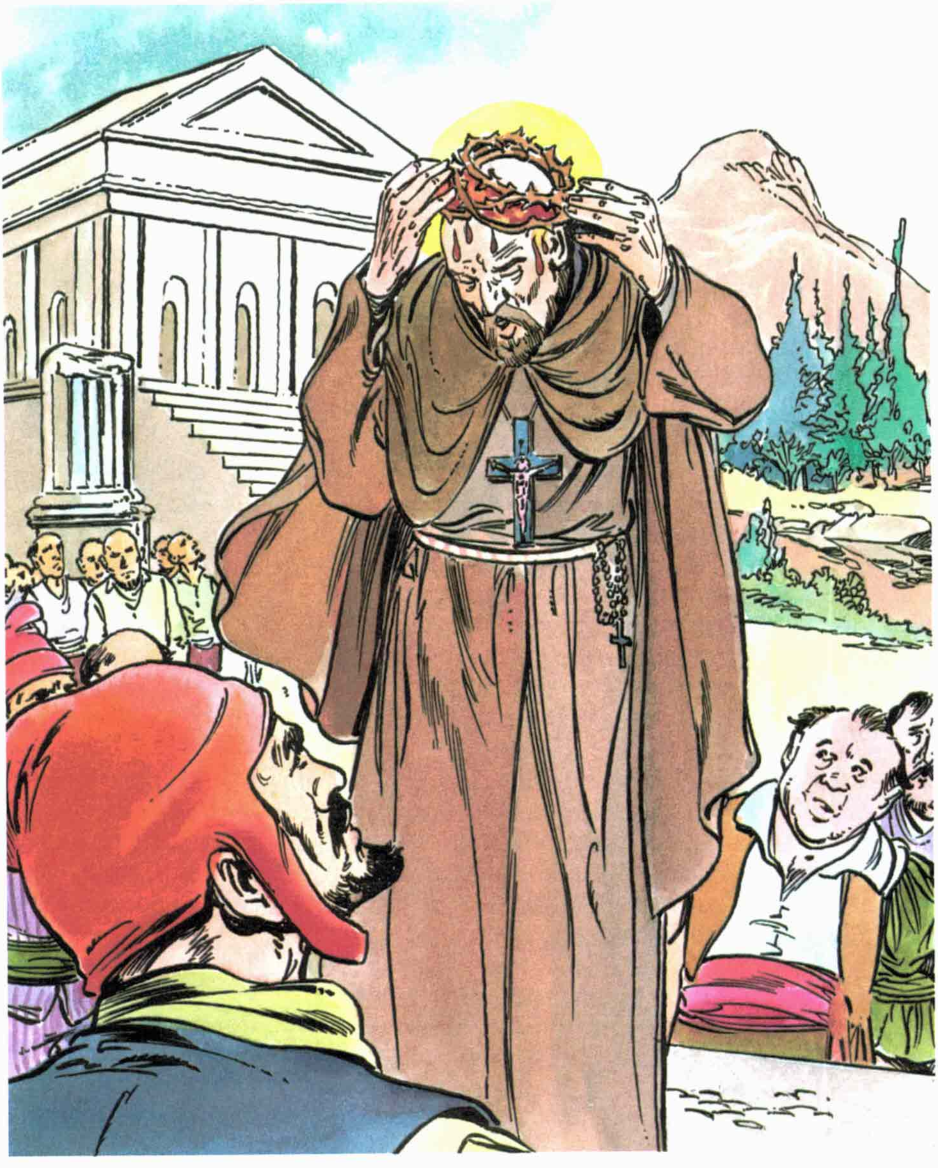
Después de su muerte, se publicaron ochenta y seis de las cartas que el Santo escribió a su penitente Elena Colonna.

El «Manual Sagrado para Religiosas» –dice el Padre José Isorna, O.F.M.– «tiene ya en su haber una historia de dos siglos, ricos y fecundos en vidas santificadas por los consejos y orientaciones que San Leonardo ofrece, a lo largo de sus magistrales páginas, a todas las almas consagradas».

Los «Propósitos» los escribió en tiempo de ejercicios espirituales. Los empezó el año 1717; los renovó con más fervor en 1735 y los ratificó, por última vez, el año 1745 en el Convento de Génova.

Son un breviario de las virtudes que ejercitó el Santo. Un resumen de los medios que puso en práctica para adquirir la santidad. La fiel expresión de su semblanza espiritual y de la misión salvadora que realizó en el mundo. Un manual de ascética y mística, cuya observancia hizo subir a San Leonardo a las altas cumbres de la perfección.

En su «Discurso sobre el Vía Crucis», el mismo Santo dice que esta devoción «es antídoto contra el vicio, aplaca la concupiscencia, empuja a la consecución de la virtud y eleva el espíritu a las encumbradas metas de la santificación».



Fue la admiración de sus contemporáneos

San Leonardo de Porto Mauricio, como gran misionero popular en el amplio sentido de la palabra, se valía también de recursos externos para conmover las almas.

Uno de ellos era interrumpir el sermón y, gritando ¡Sangre! ¡Sangre!, se ceñía una corona de espinas y se daba una fuerte disciplina sobre las espaldas.

Otros medios eran la procesión de penitencia con el impresionante cuadro del «Condenado» y el lúgubre toque de la «Campana del pecador», a las nueve de la noche.

Así conseguía el fin de la misión, que era hacer una buena confesión, acompañada de un cambio radical de vida.

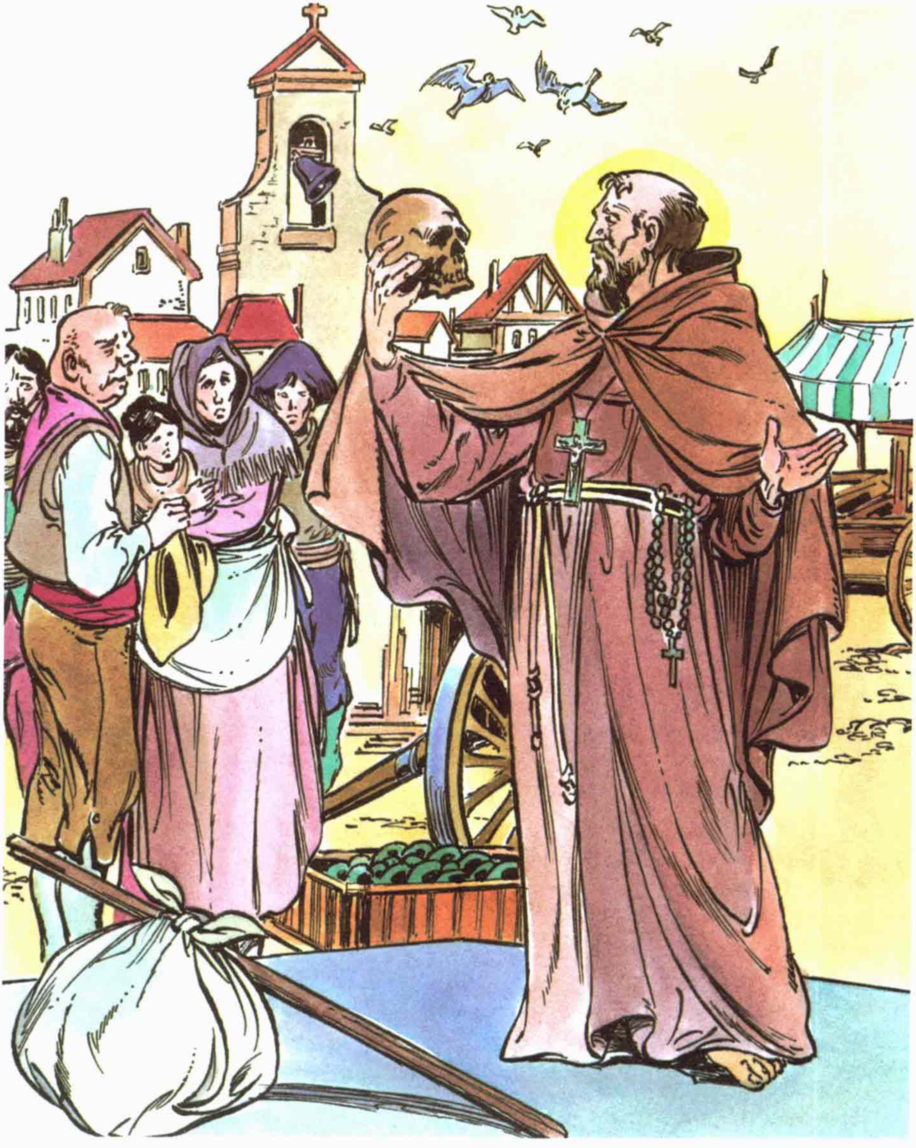
Pero lo que verdaderamente conmovía y hacía cambiar de conducta era el aspecto demacrado y penitente del predicador, su mirada y gesto sobrio y el fuego, sobre todo, que inflamaba su corazón en llamas de viva caridad, que contagiaba a todos.

Cada misión solía durar de ocho a quince días, comenzándose con la presentación del gran crucifijo, que acostumbraba poner en el púlpito o en otro lugar visible. Y ya el primer día advertía al pueblo: «He aquí el compendio de cuanto os vamos a predicar en estos santos días, Jesús crucificado».

San Alfonso María de Ligorio lo llamaba «el gran misionero de su siglo».

Benedicto XIV, amigo del Santo, le dio el apelativo de «gran cazador del Paraíso».

Y el Sumo Pontífice Pío XI, el 17 de marzo de 1923, declaró a San Leonardo celestial Patrono de las Misiones entre fieles, diciendo que era «solícito y valiente pregonero de la divina palabra, escogidísimo obrero de la viña del Señor».



Ultimos días de su vida

En 1740, cuando ya tenía sesenta y cuatro años de edad, pensó dejar las misiones y dedicarse a la vida contemplativa, para así prepararse mejor a la muerte.

Entonces Benedicto XIV le dijo:

–Hijo mío, soldado eres de Cristo, y un soldado no debe retroceder ante la lucha, ha de morir con las armas en la mano.

Y el Santo siguió predicando diez años más. Y fueron cuarenta y cuatro cosecutivos los que empleó recorriendo Italia, sembrando la paz en los pueblos, convirtiendo a penitencia a públicos pecadores, cristianizando las costumbres y llevando a Dios innumerables almas.

Siempre andando, a pie descalzo, sin sandalias, dio trescientas treinta y nueve misiones, reseñadas todas en el Diario de su inseparable compañero Fray Diego de Florencia.

Cuando la inauguración del Vía Crucis en el Coliseo, escribió: «Me estoy haciendo viejo. Mi voz tenía la misma potencia que hace dos años, pero me cansé mucho».

El veinticuatro de octubre de 1751, terminó la última misión, en las montañas de Bolonia.

Y en noviembre del mismo año, cuando regresaba a Roma, ya enfermo, tuvo que detenerse en Foligno, por haberse agravado el mal.

Tan agotado y débil lo ve un día el enfermero, que hubo de aconsejarle que se abstuviera de celebrar misa.

El Santo, hondamente conmovido, le responde con viveza:

–Hermano mío, una misa vale más que todos los tesoros del mundo.

Y celebró casi sin poderse valer.

Sintiéndose algo mejorado, reanuda el viaje a Roma, pues deseaba morir donde se había consagrado al Señor.

Muerte y glorificación de San Leonardo

Adelantándose a Santa Teresita, había escrito: «Cuando muera, revolucionaré el Paraíso, y obligaré a los ángeles, a los apóstoles, a todos los santos, a que hagan una santa violencia a la Santísima Trinidad, para que mande hombres apostólicos y llueva un diluvio de gracias eficacísimas que conviertan la tierra en cielo».

Hacia las seis de la tarde del día veintiséis de noviembre de 1751, cuando ya había entrado en Roma, dijo a sus compañeros que entonaran el «Te Deum», que él respondería. Y, cantando este himno, llegaron al Convento de San Buenaventura.

Una vez en la enfermería, pidió el Santo Viático, que recibió con singular piedad.

Y escribió al Papa, diciéndole que cumplía su promesa de morir en Roma.

A las nueve, llegó del Vaticano Monseñor Belmonte, con un mensaje muy afectuoso del Pontífice.

Después de un tierno coloquio con la Reina del Cielo, iluminóse su rostro con celestial resplandor, inclinó ligeramente la cabeza y voló su alma a Dios.

Eran las once de la noche del veintiséis de noviembre de 1751. Iba a cumplir 75 años de edad.

Fue solemnemente canonizado por Pío IX el veintinueve de junio de 1867, junto con otros veintidós santos.

Su sagrado cuerpo se venera en la pequeña iglesia del Retiro de San Buenaventura, en el Palatino.

En sus imágenes se le suele representar con el crucifijo misionero en el pecho o en el acto de mostrarlo al auditorio.

¡San Leonardo de Porto Mauricio, Patrón Universal de las Misiones Parroquiales, rogad por nosotros!

ISBN: 84-7656-131-8

9 788476 561317